

CUENTO N° 129

TÍTULO: EL VIEJO QUE GUSTABA VIAJAR EN TREN

SEUDÓNIMO: ODOBELLO

AUTOR: FERNANDO SAN MARTIN BELLO

EL VIEJO QUE GUSTABA VIAJAR EN TREN

Con su reducido equipaje y sentado en la fría banqueta de la estación ferroviaria de la ciudad, con mirada despreocupada y aspecto tranquilo, Don Baudilio esperaba nuevamente el tren de la primera hora rumbo a la capital. No es que él tuviera una especial atracción por dicha ciudad, todo lo contrario, solo le atraía el viaje y todo lo que este implicaba: La llegada de otros pasajeros a la sala de espera, sus expresiones excitadas por el pronto viaje, los empleados de la empresa ferroviaria que transportaban en carritos de pequeñas ruedas, las malejas, bolsos, mochilas y todo aquello que los pasajeros necesitaban o se les ocurría transportar o creían necesario llevar. Ya no recordaba las veces que había estado sentado en la misma banqueta y las veces que había viajado en el mismo tren. Conocía a todo el personal de la estación ferroviaria: al señor del aseo, ya de edad mayor, al señor o la señorita de la boletería, a las asistentes de carro, al inspector y su ayudante encargados de solicitar el pasaje o boleto, sabía en qué ángulo del boleto practicaría el perforado del pasaje y hasta el monrero que se dejaba caer ciertos días de la semana para robar al pasajero descuidado, a la niña que atendía el kiosco de diarios y revistas, a la persona que atendía el local de golosinas, galletas y todas esas cosas que los pasajeros suelen comprar, aunque sea para llevarlas consigo y tener la satisfacción de saber que las tiene. También conocía lo poco acogedor del recinto como los durísimos y helados bancos de madera empotrados al piso, la amarilla luz artificial que hacían más lúgubres los inviernos, la inexistencia total de calefacción durante los meses fríos y la puerta siempre abierta al sector de los rieles, no entendiendo nadie la necesidad de ello. Para qué decir del calor durante el verano, con todo el ventanal sin cortinaje para parar los rayos solares que daban en la cara a los pobres pasajeros... y así muchas otras cosas más. Por supuesto, Don Baudilio soportaba todo eso. Sabía que era un servicio de transporte que agonizaba desde hacía muchos años, que no se autofinanciaba y que habían muchas razones para que el servicio fuese deficiente. Pero eso a él no le importaba. Lo que realmente le importaba era el viaje propiamente tal. Ya era feliz con el sólo hecho

de estar sentado al lado de la ventana y así, ir viendo los cambios que el paisaje le mostraba con respecto a su anterior viaje, que a veces habían transcurrido algunos días nada más. Sentir esa sensación tan extraña y placentera de cuando el tren se ponía en marcha con sus movimientos vacilantes del comienzo, contemplar las caras de los pasajeros desde su posición de un pasajero más, observar en alguno de ellos las maniobras para acomodar sus bultos sobre la parrilla superior, las expresiones de sus caras cuando el tren iba abandonando la ciudad y para él, volver a contemplar desde su cómoda posición, como iban dejando atrás las humildes viviendas de la gente modesta que vivía en la periferia de la ciudad y comenzaban a aparecer las pequeñas parcelas con sus casas y jardines, algunas vacas u ovejas, gallinas o pavos pastando y el ordenado desfile de árboles frutales que serían muy apetecidos durante la temporada de verano.

Nada de todo esto se le escapaba a Don Baudilio y todo lo ensimismaba. Siempre y en cada viaje encontraba algo nuevo que mirar, observar la contextura de aquella señora, lo delgado del señor que avanzó hacia el carro trasero llevando de la mano a un pequeño niño que le quedó mirando al pasar, la señora “gorda” que ya comenzaba a abrir un bolso para sacar el sándwich que no alcanzó a comer al desayuno. Así Don Baudilio disfrutaba en cada viaje, cosa que hacía dos o más veces por mes, sin cansarse ni aburrirse, lo que para cualquier otro mortal le sería indiferente o falta de atractivo. Observando a cada uno de ellos, por sus vestimentas, su calzado, su manera de peinarse, su cara o su color de piel, Don Baudilio iba conjeturando, deduciendo, suponiendo y hasta sospechando que tipo de persona era, como vivía, en que trabajaba, su nivel cultural o educacional y hasta llegaba a aventurar su forma de vivir y de comportarse. Naturalmente él entendía que si viajaban en un carro de “segunda clase” era porque no pertenecía a una clase adinerada. Más todavía, si a mitad de camino comenzaban a extraer de sus bolsos las típicas provisiones como, huevos cocidos o algún pollo “fiambre” que sostenían en sus rodillas para ir trozándolo a gusto, habiendo un coche comedor en el sector “acomodado” que contaba con varios tipos de comida rápida. Además, el señor vestido con una delgada y gastada chaqueta blanca ya había pasado dos veces ofreciendo desayuno y no le

importó que se fuera, quedaba claro que no le interesaba la oferta o simplemente no había dinero para gastarlo en esas cosas.

Bueno, todas esas cosas y muchas otras que sería muy largo mencionar, hacían para Don Baudilio el viaje inmensamente atractivo, interesante; mejor dicho: ¡excitante! También ponía a prueba todos sus sentidos de análisis deductivos al estilo de Sherlock Holmes.

Como todos sus viajes a la capital, que siempre encontraba corto a pesar de los cuatrocientos kilómetros que lo separaban de su ciudad de origen, su único deseo era admirar una vez más la estación y su estructura del siglo pasado, que según decían la había diseñado el mismo que había diseñado la torre Eiffel en París. No se cansaba de contemplar su fachada, que era la única cosa que no le habían cambiado, a pesar de los años. Se habían ido las locomotoras a carbón con el humo y su espeso olor dulzón, su atronador bufido de vapor al ponerse en movimiento, también se habían ido esos pequeños trozos de cartón que servían de boletos y con ellos el peculiar sonido del inspector cuando lo perforaba. Ahora la máquina que tiraba de los carros no producía esos breves y bruscos saltos cuando el tren comenzaba su recorrido, a cambio de estas locomotoras híbridas y silenciosas, que no entusiasmaban a nadie.

Pero a Don Baudilio eso ya no lo traumaba. Lo importante era vivir nuevamente la experiencia de viajar, ver ese eterno mundo cambiante de gentes que iban y venían en cada viaje, el subyugante regreso a su ciudad para encontrar y observar a otras nuevas gentes, nuevos rostros, otras vestimentas, otros rasgos que evidenciaban los diferentes caracteres de cada cual.

En eso consistía su ida y regreso a la capital. Nada más que eso. Nunca había salido del recinto de la estación, salvo los pasos suficientes al exterior de ella que necesitaba para apreciar por enésima vez la fachada metálica de la estación central de trenes al sur. Eso le bastaba, lo dejaba extasiado, calmo y satisfecho. Las horas que debía esperar para el tren de regreso las empleaba en realizar un

estudio antropológico y social de cada uno de las personas que iban y venían frente al banco donde pacientemente esperaba la hora de retorno a su ciudad.

Y cuando los altoparlantes autorizaban a los pasajeros abordar su carro y ubicar su nuevo asiento, ahí Don Baudilio, sin apuro ni premura subía al tren y comenzaba a ubicar su asiento asignado, que siempre era al lado de la ventana pero esta vez con visión hacia el costado opuesto de su viaje de ida. Allí se arrellanaba con evidente alegría en el asiento y comenzaba su habitual inspección de gente, cosas, gestos, caras, cuerpos, maletas, bultos y cuanto trajera en sus manos el pasajero o pasajera.

En esta oportunidad, frente a su asiento estaba instalada para viajar una señora de pelo liso y cortado a la altura de sus mejillas, ligeramente cano y de una edad que calculaba menor a la suya. Le llamó la atención que tenía los ojos azules y conservaba una expresión juvenil y su vestuario era de buen gusto y calidad. Su aspecto denotaba que durante su juventud había sido muy bella y distinguida. No recordaba haberla visto nunca pero su forma de mirar, la expresión de su cara, su tez blanca y mediana estatura, sus modales delicados al manipular sus cosas que iba extrayendo de su cartera hizo recordarle los infinitos viajes en tren desde su pueblo natal hasta su colegio en la ciudad cabecera de provincia.

Ese tren de la mañana, al cual en muchas oportunidades tuvo que tomarlo cuando este ya comenzaba a ganar velocidad y aferrarse casi con elegancia al pasamano del último carro, cuidando a la vez que no se le escurriera algún cuaderno o libro hacia la línea férrea. Luego recordó que más adelante dicho tren se detenía en otras dos pequeñas estaciones. La primera parada cuando éste ya había recorrido aproximadamente unos diez kilómetros, y la segunda, cuando su caminar jadeante había avanzado un trecho parecido. Ambas estaciones solitarias, tristes y despobladas, donde la pintura con los años había terminado por descolorarse o caer y cuyos eventuales pasajeros vivían a varios cientos de metros hacia el interior, alejados, como queriendo éstos desvincularse de su estructura arcaica, fea y abandonada.

Los habituales pasajeros eran principalmente estudiantes a igual que él y que no tenían otro medio de movilización alternativo para llegar a sus colegios. Ya los conocía a todos, aunque a muchos “sólo de vista”, puesto que cada cual iba metido en sus diarias preocupaciones, tanto los estudiantes por un lado como los demás ocasionales pasajeros de cada día.

Recordó que de todas las niñas que subían en las dos estaciones siguientes, subía una niña muy hermosa, mucho menor que las demás, muy tímida al parecer e introvertida. Durante todos esos años nunca supo su nombre ni a que colegio pertenecía como estudiante. Después de haber terminado su “enseñanza secundaria”, como se llamaba en esos años esa etapa de los estudios, y comenzara luego a trabajar, más tarde casarse, tener hijos y finalmente enviudar, habían pasado muchos años y casi había olvidado ya ese capítulo de su vida.

Metido en sus cavilaciones y recuerdos no se percataba que constantemente su acompañante del frente le miraba con aspecto interrogante. Sólo cuando le oyó preguntarle si era de determinada localidad, sacándolo de sus meditaciones, y escuchar el tono de su voz, ésta le entró por la memoria y no pudo evitar mirarla con más detención antes de contestarle:

- Efectivamente estoy radicado desde hace mucho tiempo en dicha ciudad, aunque originalmente soy de donde Ud. ha indicado.

- Bueno, yo nací y me crie poco más al norte, pero ahora también estoy radicada en la misma ciudad. Periódicamente y con frecuencia viajo hasta la capital, porque allí tengo a mis hijos y mis nietos. Cuando adolescente solía viajar todas las mañanas al liceo en la ciudad que ahora me cobija desde muchas décadas y que para ello teníamos que tomar el único tren del que disponíamos para llegar hasta allí. Sorprendido Don Baudilio por dicho comentario, no se resistió para decir:

- No me diga que Ud. es esa niñita rubia que subía en la primera parada, que a todos los estudiantes varones nos obnubilaba con su belleza, pero que jamás ninguno pudo lograr siquiera una sonrisa de acercamiento hacia usted. Ella con una coqueta sonrisa en sus labios contestó:

-Por los tiempos mencionados, al parecer esa persona era yo, pero no era de orgullosa sino simplemente de tímida y acomplejada. Mi hábitat ni siquiera alcanzaba para poblado. Apenas era un pequeño villorrio, donde las relaciones sociales casi no existían. Hoy me acuerdo de ello y me auto censuro. Por eso, cuando adulta opté por trasladarme a donde ahora vivo. También viuda pero con hartos nietos de mis dos hijos y de una hija. Ellos ahora son la razón de mi vida y por ellos me permito estos viajes, aunque critican mi tozudez de insistir en viajar en tren, pudiendo hacerlo en bus, en mi propio auto, o con alguno de ellos, que cada vez insisten en venir a buscar y traerme de vuelta. Pero no deseo eso. Me gusta viajar en tren, añoro esos días de juventud cuando disponíamos de casi todo un carro para nosotros, donde compartíamos la merienda de cada mañana, nos apoyábamos en nuestros estudios. Allí aprendí a vencer mi timidez, a conocer y vivir la experiencia de los primeros pololeos y finalmente casarme con uno de mis compañeros de esos diarios viajes al colegio.

Don Baudilio le escuchó con mucho interés pero su afán deductivo le advirtió que el próximo tema de conversación seguramente la llevaría a preguntarle por su dirección, tal vez solicitarle su número de teléfono, quizás proponerle programarse para en el futuro hacer coincidir sus viajes a la capital y su instinto le hizo ponerse en guardia.

- ¡¡No!!.. El no necesitaba de compañía en sus viajes. Él era feliz viajando solo y continuar con su vida siempre diferente, siempre desigual, siempre cambiante, siempre diversa, aunque los lugares fuesen los mismos. ¡¡No!!.. El no necesitaba de nada ni de nadie que lo sustrajera de su pasión. De nadie que lo limitara o lo desentendiera en su vida, de sus hábitos y rutinas. De nadie que le robara su tiempo y su atención. ¡¡No!!.. Él era feliz así como era y como vivía. De otra manera no podría poner toda su atención, llevar a la práctica toda su innata habilidad, aplicar su desarrollado instinto deductivo, su infinita e ilimitada curiosidad. ¿Perder la fascinación de poder entrar en las vidas de cientos, tal vez de miles de seres anónimos que sin que ellos lo advirtieran, eran estudiados, inspeccionados y finalmente evaluados y analizados solamente por sus rasgos, peculiaridades y aspectos externos?
¡¡ No !!. Definitivamente No.